

MARCELO BIRMAJER Y SIMÓN BIRMAJER

MARTÍN FIERRO SIGLO XXI



*Para la CHS*

Aquí me pongo a cantar  
al compás de lo perdido  
Que después de cabalgar  
por la Pampa sin sentido  
Y buscar sin encontrar  
la huella del ser querido  
de pelear con el tehuelche  
y rajar de los milicos  
Vine a saber que la muerte  
no es la bala en el hocico  
ni un cuchillazo en el vientre  
la luz mala es el olvido.

## I

Martín viajaba sentado en la línea B. Extraño para las 18.30 de un miércoles, haber conseguido asiento. Pasaba las páginas de una vieja edición del Martín Fierro: la tapa camuflada (que pareciera un libro de autoayuda). Mejor que no lo vieran leyendo una historia de gauchos.

Cerró el libro de golpe. Su cabeza estaba en otro lado. Venía de anotarse en la facultad: la carrera no le interesaba.

—Trabajar en el hotel es poco para un chico tan curioso e inteligente como vos. ¿Por qué no te anotás en Ciencias del Habla? —le había dicho su madre.

—¿Y para qué quiero un título? —se preguntó Martín.

Leer y dar una mano en el hotel de su familia: con eso alcanzaba. O quizás no; en cualquier caso, la respuesta no comenzaba ni se agotaba en aquel registro. También estaba Jimena.

Apenas verla en la sala de inscripción de la facultad, descubrió en Jimena algo que la hacía distinta. Indudablemente era bella —Martín miró a la gente como si lo hubiera dicho en voz alta, “tranquilo, todos siguen en sus celulares”— y atrevida; lo suficiente para sacarle charla a un desconocido. Martín le había preguntado un horario. Sí, cursaría Ciencias del Habla.

La voz del subte interrumpió sus pensamientos: “Estación Abasto”. Subió corriendo las escaleras mecánicas, quería llegar.

Su madre, contenta por la buena nueva, quizás invitara a una cena menos previsible que la de la pensión completa.

El hotel, sobre la calle Junín, entre Corrientes y Sarmiento, hacía ya una semana que no recibía huéspedes: el negocio no mejoraba. Quince habitaciones con baño propio, una sala común en la recepción, un barcito de café, medialunas y tostado. Y un cuarto de conserje. En el nivel superior, lo que en algún momento había sido una suite, hoy era el lugar donde vivían Martín, su madre y su hermano menor (en ambientes separados). Todo el hotel tenía algo de modesto, y se le notaba el paso del tiempo. Pero los esfuerzos de Lucía lo mantenían habitable.

No llegó a cruzar la puerta cuando vio a su madre esperándolo. Su hermano Tomás, de quince años —cuatro menos que Martín—, muy atento al celular, no levantó la cabeza. Julio, el conserje, hizo un gesto de saludo con la mano. Entre el viejo Julio, Martín y Lucía, le hacían al hotel el masaje cardíaco para que continuara funcionando. Pero el gráfico se estabilizaba en una fatal línea recta.

—¿Y? —preguntó su madre con cara expectante.

—Me anoté —contestó Martín.

La madre corrió a abrazarlo.

Hubo un silencio conmovido entre madre e hijo. Martín no quería anticipar siquiera con la mirada un posible premio.

—Pidamos sushi —dijo por fin Lucía, sin convicción.

Tomás levantó la mano, pero no los ojos del celular. Martín le sacudió la cabeza cariñosamente, rumbo a la ducha. Tomás

se encargó del pedido. Le informaron a Julio que podía irse a su casa (en rigor, soto voce, ese delivery no alcanzaba para todos). Cada cual marchó a su habitación, había sido un día largo. Bajarían cuando llegara la cena. Pero se hicieron más de las 12 de la noche sin noticias.

—¿Estás seguro de que hiciste bien la comanda? —preguntó por celular Martín a Tomás.

Tomás no respondió. Martín temió despertar a su madre. Bajó al bar del hotel y se calentó una sopa.

## II

En la sala de inscripción de la facultad, Martín aguardaba alguna señal o la aparición de una persona; pero solo chiriaba una puerta. El sitio comenzaba a atemorizarlo. Jimena irrumpió, no sabía si hostil o amigable. Se sacó la camisa para besarlo apasionadamente.

El timbre despertó a Martín de un sobresalto. Si hay algo peor que despertarse, es que te despierten. Martín no necesitaba pellizcarse para distinguir un sueño de la realidad: cuando las cosas eran difíciles, significaba que estaba despierto.

Se puso una musculosa. No podía creer que el Toshiro Bar tuviera el tupé de llegar con el envío demorado a esa hora. ¡Podían haberlo dejado para el almuerzo! Eso no era cumplir tarde: era un ataque. La cuarta guerra mundial. Eran las tres de la mañana.

Si todavía estaba un poco dormido, ver al sujeto terminó de despertarlo.

El rostro apenas aparecía por entre una barba negra y sucia, vestía un poncho verde y unas raras zapatillas con... espuelas. Atadas a la cintura, boleadoras; y un cuchillo bien guardado en su funda de cuero. Martín pensó en decirle que no se podía entrar así al hotel. Los cuchillos habían sido prohibidos en todas sus formas, incluso las simbólicas: tatuajes

de cuchillos, el ancho de espadas; ni siquiera se permitían como juguetes.

Pero no dijo nada.

—Buenas noches, señor —arrancó, indeciso sobre si era el saludo correcto, a esa hora sin definición—. ¿Lo puedo ayudar en algo?

—Ansina es, mi hijo. Necesito dos habitaciones.

—¿Espera a alguien?

—Un amigo, está afuera con los caballos.

—Ahora les abro la puerta del garaje, necesito nombre y apellido de los dos.

¿Había dicho caballos?, se preguntó Martín. Por algún motivo, no había reparado en la palabra. Dio por hecho que era una metáfora de autos. Pero no era una broma habitual. En rigor, estaba muy mal visto decir la palabra “caballo”. No prohibido, pero era incorrecto... Desde el subte vacío a las 18.30, todo era extraño en aquel día que, por ser madrugada, parecía aún no haber terminado, ni llegar a terminarse nunca. O quizás fuera el aura enigmática de Jimena, que lo permeaba todo. Los caballos habían sido enviados a la Luna, donde no fueran molestados por los humanos. De aquello hacía ya veinticinco años.

—Martín Fierro y Pluma Halcón Cazador Del Aire. Puede ponerle el Indio Pluma para acortar —respondió con seguridad el huésped.

Martín se quedó pensando cómo rechazar al loco del cuchillo disfrazado de Martín Fierro, sin llevarse un cuchillazo. Pero el hombre sacó una bolsa de cuero apergaminado, y la abrió: mostrando un panal de monedas de oro, antes de que Martín pudiera llegar a una conclusión.



—Más tarde vendrán otros amigos, ¿con esto alcanza para que nos quedemos un par de semanas? —preguntó Fierro.

—Sí, alcanza. Quédese tranquilo: ahora le estaciono los caballos y les doy la llave del cuarto.

Martín decidió que, mientras pagara con oro, un loco no era un problema. Especialmente si pagaba por adelantado, en la situación económica que enfrentaba el hotel.

Los dos Martín (o los Martínez, pensó ruseño) salieron, pero solo el de diecinueve quedó con la boca abierta. Afuera lo esperaba un indio, con chaleco, plumas, músculos y piel morena. Pero de indio se podía disfrazar cualquiera: estaba acompañado por dos hermosos caballos. El asombro lo hizo tambalear. Martín los conocía por las fotos y dibujos de sus libros. Eran espléndidos, más de lo que había imaginado. Parecían criaturas míticas, y no que hubieran existido alguna vez, hacía tan poco tiempo... Acercó la mano al caballo para tocarlo, el animal relincho. Martín retrocedió asustado. Fierro sonrió con ternura.

—No toque a Viento —dijo muy serio el Indio Pluma.

No había duda. Cuando lo increíble ocurría frente a sus ojos, la superstición era negarlo. Los que estaban ahí parados eran Martín Fierro y el Indio Pluma, quienquiera que fuera. Llevó a los caballos al estacionamiento, no sin antes darles agua y terrones de azúcar, como también había leído que se acostumbraba, un cuarto de siglo atrás. Martín especuló sobre decirles que solo podían quedarse esa noche: pero el hotel estaba tan evidentemente vacío, que esa mentira sonaría incluso más absurda que sus presencias. Le dio a Fierro y al Indio Pluma las llaves, un juego a cada uno. Probablemente fuera el único hotel de Buenos Aires que conservaba las llaves de cobre y los cuadrados, con el

número de habitación, de madera. Tal vez por eso lo habían elegido. Los acompañó a sus habitaciones. Subió corriendo las escaleras y tomó su ejemplar del Martín Fierro ilustrado. Hasta en esas caricaturas de Fontanarrosa encontraba al personaje que hacía unos minutos le había pedido que estacionara su caballo. ¿Cuál debía ser su próximo paso? ¿Dormir? No podría... El timbre lo despertó nuevamente. Bajó con entusiasmo. Debía ser uno de los amigos de los que había hablado Fierro. Efectivamente: tuvo una especie de *dejá vu*. Estaba seguro de haber visto a ese hombre en algún lado. Un gaucho hecho y derecho. Con una cinta roja atada a su frente, por debajo de un sombrero de ala, y un pañuelo del mismo color sobre su pecho.

—Cómo le va, caballero. Fierro me dijo que lo mencionara al llegar.

—Muy bien —tartamudeó Martín—. Sí, su estadía ya está paga. Solo dígame su nombre y le doy la llave de su cuarto.

—Gil, el Gauchito Gil—. Martín anotó el nombre en el registro.

—Listo, tome la llave: su habitación está al fondo a la derecha. La número trece.

El gaucho tomó la llave; pareció que seguiría de largo. Pero se detuvo súbitamente.

— ¿Trece? —preguntó, dubitativo.

—Trece —repitió Martín.

—¿Podrá ser la catorce? —preguntó Gil después de una pausa.

Martín sacudió la cabeza, guardó la trece y le dio la catorce.

—Solo una cosa más, si no es molestia... —Gil no llegó a terminar la frase.

—Tiene su caballo afuera y quiere que se lo estacione. No se haga problema.

Gil le tiró una monedita de propina y se dirigió a su cuarto. Martín hizo con el caballo de Gil, el Rojo, lo mismo que con los otros dos.

Una vez en su habitación, Martín buscó en su biblioteca. Finalmente lo encontró: “Enciclopedia Gauchesca”, encuadernada, camuflada en realidad, en un viejo libro de cocina de los ancestros de Lucía: *Las recetas de Petrona C. de Gandulfo*. A,b,c,d,e,f,g... El Gauchito Gil. Por eso le resultaba conocido, una vieja leyenda religiosa. El gaucho de los milagros. Doblemente prohibido. Este sí que la iba a tener complicada. El timbre volvió a sonar en esa madrugada interminable. Cerca del alba llegó Gauchino (el sospechoso gaucho chino). Recién entonces Martín se preguntó cómo se lo explicaría a su madre.

Mejor dejar la resolución de ese enigma para el día siguiente: nadie piensa peores ideas que un hombre sin dormir.